

suela a todos, lo mismo que al cohermano al cual concierne; se les ve juntos en los paseos, en las ceremonias religiosas, y esta fraternidad sacerdotal les gana los corazones»²¹.

El P. Chaminade tuvo que ser acogido en esa comunidad.

De hecho sabemos positivamente que el P. Chaminade mantuvo contacto con un prelado francés, también exiliado en España: Monseñor Louis Apollinaire de la Tour du Pin Montauban, Arzobispo de Auch. Fue efectivamente éste quien le orientó definitivamente hacia Zaragoza como ciudad donde transcurrir el período de destierro, aunque los biógrafos no se ponen de acuerdo sobre el lugar en donde se encontró con él, en su viaje hacia España²². La relación bastante íntima entre el P. Chaminade y Monseñor de la Tour du Pin, durante el destierro, no se puede poner en duda. Será precisamente este Arzobispo quien encargará al P. Chaminade la administración de la diócesis de Bazas, cuando volvió a Francia. Será también él quien apoyará, ante la Santa Sede, su petición del título de «Misionero Apostólico». Tenían, pues, que conocerse muy bien.

En Zaragoza o en sus alrededores había un buen número de sacerdotes de la diócesis de Auch. Se mantenían en contacto con su Arzobispo, que residía normalmente en Montserrat, por medio de un sacerdote francés, también refugiado en Zaragoza, Thomas Casteran. Éste era en realidad el Vicario General de la diócesis de Tarbes, pero acumuló también el cargo de Vicario General de la diócesis de Auch, por nombramiento de Monseñor de la Tour du Pin. Por mediación de Thomas Casteran, dos prelados franceses, el Arzobispo de Auch y el Obispo de Tarbes, se mantenían muy unidos a la comunidad de sacerdotes franceses de Zaragoza. Por otra parte, el Arzobispo de Auch hizo algún viaje a Zaragoza, e incluso parece ser que habitó allí durante alguna temporada.

Los sacerdotes franceses emigrados no solamente formaban una comunidad fraterna en Zaragoza, sino que sabemos con certeza que se celebraban entre ellos conferencias, en las que discutían, entre otras cosas, las cuestiones prácticas, no previstas hasta ese momento, que iba a plantear la situación nueva de la Iglesia en Francia. Se preguntaban qué obligaciones les

impondría un orden de cosas que no tenía nada en común con el precedente. Estas conferencias habían surgido por iniciativa del Obispo de Tarbes, Monseñor François de Gain-Montagnac. Y fue justamente Thomas Casteran el que coordinaba estas conferencias en Zaragoza ²³.

Hay otro aspecto que interesa destacar en las cartas o instrucciones que Monseñor de la Tour du Pin enviaba a sus sacerdotes. Varias veces evoca la comparación con la Iglesia primitiva. Veamos algunos ejemplos.

En la carta del 4 de febrero de 1792, decía:

«He pensado que podría, con algún fruto, traer a vuestra memoria esa Iglesia primitiva, que debiera ser más a menudo el tema de nuestras reflexiones y el objeto de la emulación de las almas cuidadosas de su salvación. Veamos juntos si tendremos que avergonzarnos o aplaudirnos con la comparación» ²⁴.

En la carta del 22 de julio de 1795, dice también:

«Es evidente que no hay virtud sincera, ni verdadera valentía, más que entre aquellos que han permanecido fieles a la religión: sus numerosos rasgos de una paciencia invencible, de un desinterés admirable, de una valentía heroica, de una fidelidad incorruptible, de una caridad más fuerte que la muerte, han sido un espectáculo para el cielo, han hecho a la Iglesia a nuestros ojos tan hermosa como en los primeros tiempos» ²⁵.

Éste era, pues, el ambiente que se respiraba por Zaragoza entre los sacerdotes franceses antes de la llegada del P. Chaminade.

2.2. Manuales de misionero que se prepararon durante esa época

Otro dato muy significativo, que también empezó un poco antes de la llegada del P. Chaminade a España, es el siguiente: Monseñor de la Tour du Pin se había puesto de acuerdo con otros dos obispos franceses, el de Tarbes y el de Lavaur, todos resi-

dentes en Montserrat, para encargar a M. Saussol la redacción de un libro: *Traité de la conduite à tenir après la persécution*²⁶. Este libro se publicó en Florencia en 1800 (fecha de la vuelta a Francia del P. Chaminade, después del destierro). Sin embargo, la mayor parte de su contenido se elaboró en Montserrat, mediante conferencias de los tres obispos, presididas por Monseñor de la Tour du Pin²⁷. El *Traité de la conduite à tenir après la persécution* tiene dos tomos, en los que se afrontan, con criterio muy sereno, todas las cuestiones prácticas que planteaba la situación tan única de la Iglesia en Francia en ese momento, especialmente la división desgarradora en clero juramentado y clero no juramentado. La reconciliación y la reorganización en parroquias y diócesis no eran nada fáciles.

No me resisto al deseo de dar a conocer muy someramente el contenido de dos capítulos del tomo II.

En el capítulo octavo²⁸ se afronta el problema de proveer el servicio de las parroquias. Se dice que la abundancia de sacerdotes no es necesariamente una ventaja: la Iglesia no tiene necesidad más que de unos pocos, con tal de que sean fervorosos y buenos. No es necesario tener sacerdotes en todas partes, si no se tiene un número bastante grande para proveer todas las parroquias. Ningún eclesiástico, párroco o no, en este primer momento de recristianización, se debe considerar ligado por ningún título de beneficio a tal o cual lugar. En espera de arreglar mejor las cosas, todos deben ponerse a disposición de sus obispos para ir a todas las partes que les indique, incluso fuera de sus parroquias. Hace falta adaptarse a los tiempos y a las necesidades de la Iglesia. Si no se puede decir la misa los domingos y fiestas en algún lugar, se debe encargar a un clérigo de menor rango o a una persona virtuosa que reúna al pueblo a la hora en que se celebraría el Santo Sacrificio. Puede incluso suplir con alguna lectura la instrucción que hubiera hecho el sacerdote.

El capítulo décimo habla de las misiones. Se trata de las misiones que se daban a través de los pueblos y ciudades de Francia: unos días de intensa predicación por parte de algunos misioneros, que animaban a la conversión y a una sincera vuelta a Dios de todos. Dice concretamente:

«Uno de los medios más seguros para restablecer prontamente en Francia la Religión es el de las Misiones; sobre todo si se hacen por Misioneros, que unen las luces y la exactitud a un verdadero celo. La raza de esos buenos obreros que han hecho volver tanta gente a Dios no se ha extinguido entre nosotros. Hay muchos Eclesiásticos virtuosos, que serían muy apropiados a este género de ministerio»²⁹.

Se van deshaciendo después en este capítulo todas las objeciones que se hacían contra esas misiones que congregaban tanta cantidad de gente en corto período de tiempo. Afirma que lo que sembraban los misioneros, lo tendrían que cultivar y consolidar después los párrocos y los vicarios.

He examinado también otro libro del mismo estilo. Se trata de un *Manuel des missionnaires, ou Essai sur la conduite que peuvent se proposer de tenir les Prêtres appelés à travailler au rétablissement de la Religion Catholique en France*. Es una obra póstuma de Jean-Noël Coste, publicada en Roma en 1801. Según el editor, antes de la publicación existían en Francia ocho o diez copias del manuscrito y lo habían leído bastantes eclesiásticos. Es casi seguro que el P. Chaminade conoció este libro después de la publicación y, por tanto, después de su vuelta a Francia³⁰. No se puede probar nada del tiempo de Zaragoza. Si lo cito es porque hay algunos párrafos muy reveladores. El capítulo tercero de la Segunda Parte trata de la conducta que se debe observar en los lugares en los que la población se muestre remisa a llamar a los sacerdotes católicos. Aconseja ganar a algunos seglares y comprometerlos en el apostolado. Dice textualmente:

«Será indispensable en los primeros tiempos servirnos de seglares instruidos y diligentes que nos prepararán el camino y que dispondrán a los demás a recibirnos. A veces serán más apropiados que nosotros para dar esos primeros pasos, porque se tendrán menos prejuicios contra ellos, encontrarán menos obstáculos para trasladarse a los diversos lugares, podrían insinuar más fácilmente en los espíritus las verdades que es importante inculcarles, aprovechando una infinidad de circunstancias en las cuales no nos encontraríamos más que muy difícilmente. La penuria de ministros, por otra parte, hará necesarias tales ayudas.

Así es como los Misioneros, en los países infieles o heréticos, agrupan bajo su dirección a varios seglares, llamados catequistas, que les son de la mayor utilidad para ganar las almas, y para conservarlas en la verdadera Religión»³¹.

Tales eran, pues, las ideas que bullían en aquellos tiempos, en los que la inmensa tarea de la recristianización y la escasez de sacerdotes imponían nuevos métodos misioneros.

2.3. *Reorganización de la diócesis de Tarbes en misiones y sus frutos*

Es también muy significativo seguir el proceso de la reorganización de la diócesis de Tarbes. Este proceso lo dirigió desde Zaragoza el sacerdote Thomas Casteran, Vicario General de la diócesis, a impulsos de su Obispo³². Se reorganizaba toda la diócesis en misiones: una misión central y varias misiones secundarias. Al frente de cada misión había un misionero que no tenía residencia fija. Se movía por todo el territorio de la misión, agrupando a otros agentes de evangelización e incluso, si era necesario, debía atender el territorio de la misión vecina. Los misioneros no se limitarían a consolar algunas almas piadosas, sino que debían poner su empeño en convertir a los pecadores e impíos. En la organización de estas misiones se aconsejaba también que los seglares, hombres o mujeres, desempeñaran alguna tarea, aunque no fuera más que en la enseñanza o en el servicio de comunicación entre los misioneros y la misión central. El resultado fue la consolidación de ciertas pequeñas comunidades católicas, muy atentas a la vida de la Iglesia y de la diócesis. La vida de estas comunidades fue tan intensa que empezaron a tener vocaciones sacerdotales. Ante la imposibilidad de formar esos futuros sacerdotes en Francia, hubo que mandarlos a España. Se conocen varios jóvenes que consintieron en expatriarse para hacer su seminario. Y fue precisamente Zaragoza el centro en donde se agruparon, bajo la dirección de Thomas Casteran.

Cuando el P. Chaminade llegó a Zaragoza, este plan misio-

nero de la diócesis de Tarbes estaba en marcha. Más aún, en Zaragoza, Luis Javier Chaminade pasó gran parte de su tiempo dedicado a formar a los seminaristas franceses. Y esto lo sabemos por unas notas autógrafas del mismo P. Chaminade sobre la vida de su hermano³³. Entre los seminaristas franceses, había algunos fruto de las misiones de Tarbes. El P. Chaminade necesariamente estuvo al tanto del resultado de este intento misionero de la diócesis de Tarbes.

2.4. Conclusiones

Podemos, pues, sin temor llegar a una serie de conclusiones. En Zaragoza se realizaron estudios, entre los sacerdotes franceses emigrados, sobre la nueva situación de la Iglesia en Francia y sobre la reorganización consecuente del ministerio sacerdotal. En esos estudios se evocó varias veces la situación de la Iglesia primitiva, se aludió repetidas veces a la necesidad, en ciertos momentos iniciales, de imitar la conducta de los apóstoles, cuando iniciaron la conversión del mundo, o la de los misioneros en tierras de infieles. Tenían que comprometer a seglares en la tarea de recristianización de Francia.

Todo esto que bullía entre los sacerdotes franceses de Zaragoza lo vivió necesariamente el P. Chaminade durante su destierro.

3. Esbozo del proyecto misionero del Padre Chaminade

Dos pasajes de dos cartas del mismo P. Chaminade me van a sugerir un método para dar un paso más en mi intento de descubrir su proyecto pastoral. Desde Zaragoza, y ya hacia el final de su destierro, escribe el 26 de agosto de 1800 a María Teresa Carlota de Lamourous:

«Tome ánimos: el tiempo y los años pasan; avanzamos, querida Teresa, avanzamos en el curso de nuestra vida, usted y yo, y somos más o menos de la misma edad; nuestros cuerpos se desgastan y no hemos hecho nada todavía. Se trata de empezar en serio y de hacer algo para gloria de Jesucristo, nuestro maestro. Piense en ello, que yo también pensaré»³⁴.

El tenor de estas expresiones revela que el P. Chaminade está ya proyectando algo. ¿Cómo descubrir lo que proyectaba? Catorce años después, el P. Chaminade hará esta confidencia a Adela de Batz de Trenquelléon, en su carta de 8 de octubre de 1814:

«Voy a decirle por entero mi secreto. ¿Podría un padre poner límites a su confianza cuando trata con una hija que se abandona sin reservas a su dirección? Hace catorce años volví yo a Francia en calidad de Misionero Apostólico para toda nuestra pobre patria, pero sometido siempre a la autoridad de los Ordinarios de los lugares. No he creído poder desempeñar mejor esas funciones que estableciendo una congregación, como la que ahora existe. Cada congregante, de cualquier sexo, de cualquier edad, de cualquier estado que sea, debe llegar a ser un miembro activo de la misión. Varios congregantes de cada cuerpo de la congregación constituirían una pequeña sociedad religiosa, aunque extendida por el mundo. En esa sociedad se encontrarían siempre los responsables de ambos sexos para dirigir la congregación. Varios de esos religiosos han querido vivir juntos: no hay más que ventajas para nuestro fin. Actualmente, varios quisieran vivir en comunidad regular, abandonando todo asunto temporal: hay que seguir esa inspiración, pero tener cuidado de que no vicie la obra de la congregación, sino que esté a su servicio. Varios congregantes han ingresado en diferentes comunidades religiosas; lo hemos visto con agrado. Cuando alguno de los responsables me lo decía con cierto pesar, le contestaba para consolarle: "hay que jugar a quien pierde, gana". Pero ahora se trata de algo muy distinto: se trata de religiosas congregantes, o mejor dicho, de congregantes que, permaneciendo siempre congregantes activas, quieren vivir regularmente como religiosas»³⁵.

Más tarde, tendré que volver a este importantísimo pasaje de las cartas del P. Chaminade. Por ahora, baste decir que el

Padre Chaminade ha tratado de confiar a Adela, en síntesis, todo su proyecto. Y lo ha hecho evocando todo lo que ha realizado en esos catorce años: vuelve a Francia como Misionero Apostólico, crea la congregación de seculares, donde cada congregante es a su vez miembro activo de la misión; con el tiempo, surgen grupos más comprometidos de congregantes que parecen ir hacia una sociedad religiosa, con formas seculares; últimamente, está brotando una nueva inspiración: la de constituir una congregación religiosa. Como se ve en este despliegue progresivo del proyecto del P. Chaminade, hay una evolución dinámica que lo va consolidando. Esta presentación del P. Chaminade me lleva ahora a intentar una reconstrucción de lo que planeó en Zaragoza.

Hay que tener en cuenta la luz de la inspiración divina y comparar todo lo que el P. Chaminade llevaba a Zaragoza y todo lo que allí vivió con todo lo que empezó a hacer a partir de su vuelta a Francia. Si seguimos el hilo de lo que cuenta en esta última carta, podremos reconstruir un esbozo de su proyecto misionero.

La figura y las posibilidades de un misionero no ligado en su actuación a un lugar fijo cobraba una nueva luz. En definitiva, iba a hacer lo que hicieron los Apóstoles en la Iglesia naciente. La situación y las necesidades de la Iglesia de Francia en aquel momento se podían comparar con las de la Iglesia al empezar. Hacían falta «primeros cristianos».

¿Cómo eran los primeros cristianos? Personas que se habían convertido. Es decir, que habían tomado una opción a veces muy arriesgada; comportaba dejar todo lo que habían sido, sus creencias más íntimas y su misma vida, abrazar la fe de la Iglesia y arrostrar quizá la persecución y el martirio. Lo cual demostraba la intensidad y el arraigo de su fe; la habían asumido, comprometiéndose con ella, con valentía y coherencia. ¿Cómo formar cristianos ahora con esa calidad de fe?

Había que promocionar fuertemente el laicado. Había que recuperar el sentido de grupo o comunidad que ayudó tanto a forjar los primeros cristianos. Además ese grupo o comunidad tendría una irresistible fuerza de atracción y convertiría a otras personas. Era necesario poner a la Iglesia en estado de misión.

Esos grupos o comunidades cristianas serían una misión permanente. Es decir, se dejarían evangelizar cada vez con mayor profundidad para poder evangelizar después a los demás. Había que vivir el dinamismo de la consagración bautismal en todas sus exigencias.

Es María la primera cristiana por excelencia. Sus actitudes evangélicas son las que debemos formar en nosotros. Y María tiene una misión en la historia de la salvación. Ella implanta a Jesucristo entre los hombres y comunica fe en Él. Las personas que se consagran a Ella pueden dejarse formar en conformidad con Jesucristo y asistirle en su misión. Había que poner esos grupos o comunidades de cristianos como algo de María, como propiedad suya.

Pero ¿qué hacer cuando esos grupos o comunidades de cristianos se multiplicaran y vivieran un dinamismo tal que un solo misionero no bastara a dirigir, organizar y animar todo? Sería necesario un núcleo de responsables, una institución permanente.

El P. Chaminade, bajo la inspiración divina, pudo muy bien pensar: ¡Qué bien encajaría aquí una orden religiosa, en la que siempre he soñado, con todo el vigor interior, pero con formas nuevas! Y podría ser en sus dos ramas, mujeres y varones. ¡Es que los veo!

Este proyecto quedaría así, como un esbozo, globalmente bastante claro. La intuición inicial pudo ser penetrante. Pero, en realidad, estaba muy oscuro en sus concreciones. Sobre todo, cómo realizar concretamente ese núcleo dinamizador de responsables consagrados en una vida religiosa con formas nuevas. La historia lo confirmará. El proyecto se fue poniendo en práctica progresivamente; las dos congregaciones religiosas que fundó finalmente el P. Chaminade nacieron muy laboriosamente, no sin tanteos e intentos, aunque después prendieron con arraigo y fecundidad.

NOTAS

¹ Véase, por ejemplo, JOSEPH SIMLER, *Guillaume-Joseph Chaminade, chanoine honoraire de Bordeaux, Fondateur de la Société de Marie et de l'Institut des Filles de Marie (1761-1850)*, Librairie Victor Lecoffre, Paris, et Librairie Féret et Fils, Bordeaux 1901, p. 8.

² *Souvenirs de M. Benoit Meyer*, AGMAR 17.5.313.

³ *Lettres de M. Chaminade*, t. I, Imprimerie Havaux, Nivelles 1930, pp. 12-13.

⁴ *Ibidem*, p. 17.

⁵ *Ibidem*, p. 16.

⁶ *Ibidem*, p. 3.

⁷ Cfr. JEAN BAPTISTE ARMBRUSTER, *Marie dan la vie et l'enseignement du P. Chaminade*, Séminaire Marianiste, Fribourg (Suisse) 1969.

⁸ *Burdigalen. seu Victorien. Beatificationis et Canonizationis servi Dei Gulielmi Josephi Chaminade, sacerdotis, Fundatoris Societatis Mariae, Summarium super dubio: an signanda sit Commissio Introductionis Causae in casu et ad effectum de quo agitur*, p. 58.

⁹ *Ibidem*, pp. 35-36.

¹⁰ Sobre el Santuario de Verdelaís y los marianistas, véase *Apôtre de Marie*, t. XVII, mai 1925, pp. 1-9.

¹¹ Véase JOSEPH VERRIER, *Jalons d'histoire sur la route de Guillaume-Joseph Chaminade*, Première Série, Chapitres IX-X-XI, t. I, pp. 125-177; PIERRE HUBERTCLAUDE, *Contribution à une biographie du Père Chaminade* (policopiado), Fribourg 1968, pp. 117-120; PHILIPPE PIERREL, *Sur les chemins de la mission... G. Joseph Chaminade, Fondateur des Marianistes*, Paris 1981, pp. 39-43.

¹² *Lettres de M. Chaminade*, t. VII, Éditions AGMAR, Rome 1977, p. 632.

¹³ AGMAR 12.1.23.

¹⁴ Quien desee más información sobre este asunto Chaminade-Dariès y sobre las fuentes que se pueden consultar, puede ver: JOSEPH VERRIER, *op. cit.*, Première Série, Chapitre IV, t. I, pp. 50-55; PIERRE ZIND, *Les nouvelles Congrégations de Frères enseignants en France de 1800 à 1830*, Centre d'histoire du Catholicisme Français de l'Université de Lyon. En vente chez l'auteur: Le Montet, 69, Saint-Genis-Laval 1969, pp. 60-68; PHILIPPE PIERREL, *op. cit.*, pp. 56-58; PIERRE HUBERTCLAUDE, *op. cit.*, pp. 143-151; JEAN BAPTISTE ARMBRUSTER, *Avec G.-Joseph Chaminade, Fondateur des Marianistes, connaître, aimer, servir Marie*, 44 rue de la Santé 75014, Paris 1982, pp. 21-23.

¹⁵ AGMAR 12.1.23.

¹⁶ Cfr. más arriba, p. 24.

¹⁷ Véase *Apôtre de Marie*, t. XXX, janvier 1939, *Les relations du Bon Père Chaminade avec les diverses Sociétés religieuses*, pp. 8-17.

¹⁸ ABBÉ DEGAN, *Vie de M. Joffre*, Typographie V^c Justin Dupuy et Comp., Bordeaux 1862, pp. 45-46.

¹⁹ Cfr. más arriba, pp. 26-27.

²⁰ AGMAR 24.4.320.

²¹ Citado por J. DELBREL, *Le clergé français réfugié en Espagne pendant la Révolution*, en la revista «Etudes religieuses, philosophiques, historiques et littéraires», t. LIV, Septembre-Décembre 1981, p. 265.

²² Véase JOSEPH VERRIER, *op. cit.*, t. II, pp. 10-12.

²³ Todos estos datos están tomados de J. DELBREL, *op. cit.*, p. 267, y de L. DANTIN, *François de Gain-Montagnac, Evêque de Tarbes (1782-1801) et son diocèse pendant la Révolution*, Imprimerie Clément Larrieu, Tarbes 1908, p. 267.

²⁴ Citado por JEAN CONTRASTY, *Le clergé français exilé en Espagne (1792-1802)*, Librairie L. Sistac, Toulouse 1910, p. 293.

²⁵ Citado por JEAN CONTRASTY, *ibidem*, pp. 293-294.

²⁶ Existe un ejemplar de este libro en la llamada «Biblioteca Chaminade», es decir, en la Biblioteca que el P. Chaminade compró, muy posteriormente, al P. Conne. Es el ejemplar que he manejado.

²⁷ Véase J. DELBREL, *Un évêque du temps de la Révolution. L.-Ap. de la Tour du Pin Montauban, Archevêque d'Auch...*, Victor Retaux et Fils, Paris 1892, p. 38.

²⁸ Tome II, pp. 132-137.

²⁹ *Ibidem*, pp. 144-145.

³⁰ Existe también un ejemplar en la llamada «Biblioteca Chaminade».

³¹ Página 43.

³² Todos los datos que refiero están tomados de L. DANTIN, *op. cit.*, páginas 336-366 y 430-432.

³³ AGMAR 11.7.172.

³⁴ *Lettres de M. Chaminade*, t. I, p. 29.

³⁵ *Ibidem*, pp. 87-88.